

dras a pie: me estaba convenciendo de que el peligro realmente existía.

Al fin llegó mi conferencia: el día estaba repleto de compromisos. Primero, dirigirme a un público que no conocía y no sabía muy bien quién era yo. Acostumbrados, por las famosas bienales de Coltejer, a que por Medellín aparecieran los críticos y directores de museos pertenecientes al *jetset*, las gentes que me entrevistaban se veían frustradas. Una exposición de arte conceptual ocupaba las salas, y yo hablaba debajo de una serie de hojas de periódico sostenidas en cuerdas como ropa puesta a secar. Yo mostré diapositivas de arte latinoamericano que considero valioso; creo que no nos entendimos y que debí decepcionar a mis pobres oyentes.

De ahí fui raptado a una especie de castillo de juguete en las afueras: otra exposición atroz: aquí no era la "vanguardia" de buena fe juvenil, sino el cinismo de un pintor que producía cuadros híbridos de Botero y de Grau, y que además me perseguía para que lo elogiara. Allí, en un minuto fatal, tomé de un endiablado brebaje alcohólico que acabó conmigo. Cuando me rescató el amable señor que me había invitado a cenar, en una casona típica, comida criolla local, yo estaba ya moribundo y, antes de dar el espectáculo el pobre invitante —que me debe odiar—, tuvo que llevarme al hotel, y yo pedir un médico.

Por suerte, hubo mejores recuerdos: un matrimonio de arquitectos cuya casa moderna daba sobre un valle maravilloso; la familia que me recibió como viejo conocido y que tenía cuadros de Luis Caballero, uno de mis mejores amigos de París; el madrugón histórico de Darío, que me quiso acompañar hasta el avión y a quien yo pensé no ver nunca más... y se



ha convertido —como Juan Gustavo, como Ana María— en mi protector colombiano, responsable de estas descomodas divagaciones escritas a lo largo de París, de Santa Bárbara, de Nueva York, donde pienso ponerles punto final.

¿Mi primera impresión de Colombia? No hay tal, todas son contemporáneas más tarde en el recuerdo humoso de una ya larga existenciza bien colmada. Bocanadas de escenas de mil tiempos: visita a Arbeláez Camacho, que tenía la cara del *Marte* de Velázquez y me regalaba su libro...; las rituales inspecciones a las incesantes obras de Salmona y las bromas sangrientas y tiernas de ese eterno protestón que él es...; las entrevistas de Bernardo Hoyos, en las que, si uno no se apura, lo dice él todo, de miedo que uno se quede callado (eso es conocerme mal...)

¿Qué más? Todo: mis conferencias improvisadas en la Luis-Ángel Arango, a las que asiste un público maravilloso que me es fiel no sé bien por qué...; y las otras, las clases en los Andes, en donde estudiantes y genios con sombrero puesto son avanzados, y yo ineluctablemente retraso...; la pelea con revólver en el interior del Tía, en la carrera séptima, cuando creí que me mataban por error...; la conversación con el cura español de La Candelaria, no de cuestiones teológicas sino, inesperadamente, de Julio Iglesias...; Gustavo y sus hijitos esperándome de madrugada, cariñoso, y que ya no me retorció los dedos...: el asalto a las cajuelas del hotel Dann, donde yo, por suerte, no tenía nada...; la excursión demente a la laguna de Eldorado, en donde yo —casi paralítico— era izado sobre un mar de barro...

No me acorralen, puedo escribir la vida entera sobre Colombia. Por ahora, me niego a poner punto final. Hasta la próxima.

DAMIÁN BAYÓN

El templo doctrinero de Tópaga

Durante la colonia, la evangelización de los naturales se realizó mediante el sistema de doctrinas. Por orden del rey, todos los encomenderos debían tener un clérigo o persona capaz para

enseñar la religión cristiana a los indios, y debían pagarle estipendios, los cuales ascendían en 1556 a \$ 200 anuales, por decisión del Sínodo de Santafé. El nombramiento de doctrineros creó no pocas veces problemas de poder. Las doctrinas más alejadas de los centros urbanos ofrecían peligro para la moral de los miembros de la orden que las atendía, y en ocasiones algunas fueron rechazadas, pues en aquellas lejanías la tentación de pasar por alto los votos de pobreza y castidad era mucha. No en vano, en 1564, el presidente Venero de Leyva prefería a los religiosos viejos y virtuosos, "aprobados en cristiandad y religión porque están expuestos a las mayores tentaciones del mundo" ¹.

Según las ordenanzas de Tunja de 1575, las doctrinas fueron repartidas entre dominicos, franciscanos y clérigos. Cinco años más tarde, una real cédula dispuso darle prelación al nombramiento de curas que conocieran la lengua nativa.

Distintos órdenes religiosos llegaron a conquistar almas al nuevo mundo. El Consejo de Indias poco a poco reservó la labor a los dominicos, franciscanos, agustinos y mercedarios. Estos últimos fueron luego descartados porque la acumulación de riquezas y la gran expansión que lograron los llevaron a relajar la disciplina ².

Las ordenanzas prohibieron a los doctrineros tener indias a su servicio, negociar con indios y cobrar por la administración de los sacramentos. Debían obligatoriamente enseñar a leer y a escribir a los niños e impartir la instrucción del catecismo, los artículos de la fe, los diez mandamientos, los siete pecados capitales, las obras de misericordia, las virtudes teologales y cardinales y las principales oraciones, además de vigilar minuciosamente la supresión de la idolatría. Todos estos puntos eran materia de las explicaciones dominicales, a las que la población era "invitada" por dos indios armados de convincentes varas ³.

Los templos doctrineros comenzaron a levantarse en los lugares más poblados por indígenas, quienes vieron con reticencia la sustitución de los santuarios naturales abiertos (lagunas, cerros, bosques) por construcciones cerradas. La arquitectura de los templos rápidamente buscó adaptarse a esa aversión a los espacios cerrados, y aprovechar el gusto por las reuniones y jolgorios

colectivos. Fue así como nació, al igual que en otros lugares de América, un tipo particular de iglesias con facilidades para atraer a los paganos, tomando elementos de su psicología y su cultura ⁴.

Carlos Arbeláez Camacho fue el primero en estudiar en nuestro medio la peculiar organización de los espacios religiosos en los centros de evangelización. Estableció la existencia en ellos de los siguientes elementos comunes: el monasterio o casa cural, la capilla *abierta* de una nave, la plaza o atrio, la cruz atrial y las capillas posas. La capilla es llamada *abierta* porque los fieles permanecían al aire libre en la plaza y el sacerdote bajo techo en la antecapilla, lograda mediante el desplazamiento hacia el interior del muro de la fachada. Aparte de los fines doctrinales, se usaba a veces para actividades profanas, como fiestas o representaciones teatrales dirigidas por los eclesiásticos. La plaza y las capillas posas fueron el escenario para las festivas y concurridas procesiones, en las que el ceremonial litúrgico dio espacio a los coloridos trajes locales, a los cantos y a las danzas. La cruz atrial fue el símbolo del nuevo credo, instalada en pleno atrio o plaza ⁵.

Los jesuitas enviaron desde España una expedición para fundar su orden en el Nuevo Reino en 1604. Establecieron un colegio en Cartagena y otro en Santafé. Para 1610 ya se encontraban en Tunja en labores de predicación y en 1613 iniciaron clases en un colegio, año en que trasladaron a la ciudad el seminario de Santafé.

La primera doctrina que recibieron los jesuitas fue la de Cajicá, en la que tuvieron mucho éxito, pues lograron controlar y transformar las costumbres alcohólicas y poligámicas de los nativos. Ello les abrió las puertas para recibir otras doctrinas. En 1624 se les confiaron las de los llanos del Casanare y en 1636 cambiaron la de Duitama por la de Tópaga, situada en la encomienda del benefactor del convento jesuita, don Pedro Bravo y Becerra, en pleno corazón de la extinta cultura chibcha. Al padre general de la Compañía le extrañó el cambio, pues se abandonaba una próspera doctrina con dos mil indios depen-

diente del rey, por otra de apenas 190 indios que estaban bajo encomienda. Los padres Domingo Molinello y Pedro Varaiz fueron encargados de organizar la doctrina ⁶.

Grande fue la sorpresa que se llevaron los jesuitas al llegar a Tópaga, después de atravesar a caballo las trochas de Morcá y Matayeguas. Era un día de mercado y, según el padre Rivero, encontraron que

en tiendas abiertas se venden allí alpargatas de cabuya, saleros de palo, platillos de barro, jáquimas y cabestros, fuelles, yerbas para purgas y antídotos para culebras. Aquellos tenderos saben curtir el cuero necesario para fabricar modestas quimbas y han adelantado la industria de los cordajes y la de hamacas para atar carneros. Allí hay jilones [sacos de cuero], paraguas, quesos, en torno a los que revuelan golosos moscones, y hasta guitarras y tiples para multiplicar la alegría de las gentes buenas ⁷.

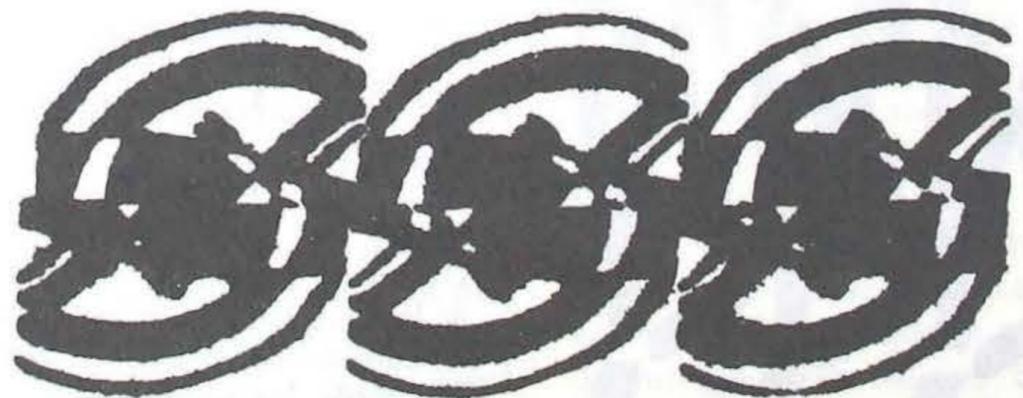
Había también un templo, comenzado a construir veinte años atrás, sin terminar y completamente en ruinas, al punto que la misa se celebraba preferiblemente al aire libre en la plaza. Bajo el impulso del padre Francisco Ellauri (1602-1665) se dieron a la tarea de edificar un nuevo templo sobre las ruinas del antiguo, logrando levantar uno de los más amplios de la región, según lo describió el padre Melgar:

Tiene una iglesia hoy de las mayores y mejores que hay en todo el reino en repartimientos de indios, toda cubierta de teja, con división de capilla mayor por el arco toral que la reparte. A este arco adornan

bermejos bultos de querubines, de grande estatura, y de media talla, que incluye aquí el sagrario. Es éste alma de un tabernáculo muy hermoso, y que guarnece la frente toda del altar mayor. Adornan el retablo muy especiosas imágenes en los nichos y en especial una bellísima de la Virgen María, señora nuestra, con advocación de su pureza en su concepción inmaculada en el superior nicho, dando nombre a este pueblo, y mereciendo por su hermosura muy devotos recursos de sus alumnos. Tiene un bulto esta iglesia del príncipe de los apóstoles, san Pedro, con retablo particular. La sacristía, que es bastante capaza para la iglesia, tiene de todos los colores eclesiásticos doblados y ricos ornamentos, con abundante y aseada ropa blanca para muchos años ⁸.

La iglesia doctrinera fue consagrada a Nuestra Señora en marzo de 1642, cuando también llegó a Tópaga la imagen que menciona el padre Melgar. Se dieron cita en el pueblo, para las solemnísimas festividades, veinticuatro sacerdotes de los pueblos cercanos, más de dos centenares de españoles e innumerables indios. Más de cien cirios de cera blanca ardían en el altar, y un conjunto de bailarines y músicos indígenas bailaron y cantaron frente a la imagen. Por siete días se prolongaron las festividades en las que se mezclaron las misas y los sermones, amén de un certamen filosófico mantenido por los pupilos ignacianos, con la pólvora, el teatro, corridas de toros y danzas ⁹.

Materia de muchas habladurías y razón para conversos fue el episodio que protagonizó en 1654 el sacerdote Vasco Pérez de Figueroa, quien por

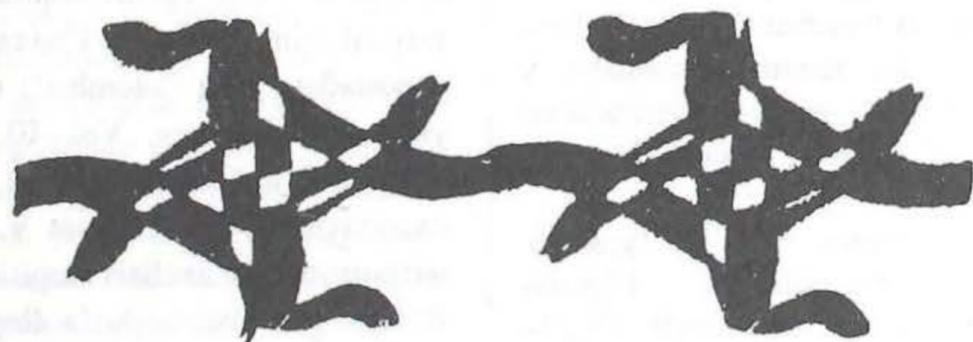


entonces era doctrinero en Tópaga. Su pésima conducta le había ganado el apodo popular de "Roberto el diablo". Luego de unos ejercicios espirituales siguiendo a san Ignacio, quedó convertido en otro y se convirtió a la Compañía de Jesús. No fue el único caso, pues en Tunja también se tienen noticias de drásticos cambios en la vida de los licenciosos ¹⁰.

Después de sus exitosas tareas evangelizadoras y de difusión de la civilización occidental, los jesuitas permutaron a Tópaga en 1661 por la doctrina de Pauto, en el Casanare, con miras a realizar allí labores misionales. Sólo un siglo después volvemos a tener noticias de la población. Basilio Vicente de Oviedo describió en 1763 su clima como "muy frígido y sumamente airoso", y calificó la iglesia como muy buena y bien ornamentada. Los habitantes sumaban 150 indios e igual número de blancos. La tierra rendía trigo, papas, maíz y alimentaba ganados y ovejas. San Judas Tadeo era el patrono, "muy milagroso y muy devoto" ¹¹.

Por su parte, el geógrafo Giandomenico Coletti escribió en su *Dizionario* en 1771:

Aldea muy grande del Nuevo Reyno de Granada en la provincia de Sogamoso, a poca distancia de la ciudad de Tunja. Está circundada de selva y montes; en la actualidad ha decaído mucho y es muy pobre ¹².



En efecto, el auge de la doctrina de Tópaga había concluido. Pero quedaba el templo como mudo testigo del esplendor del pasado evangelizador. Su planta es de 8 metros por 48. Tiene una sencilla techumbre en par y nudillo, y los tirantes son toscos maderos. La fachada original fue modificada en el transcurso del tiempo,

suprimiéndose la antecapilla, y se le agregó una torre. El atrio y el cerco de piedra fueron demolidos, así como tres de las cuatro capillas posas que tenía. El piso de ladrillo fue reemplazado por uno de baldosín verde de cemento ¹³.

En contraposición a la sencillez y humildad arquitectónica, los constructores quisieron dotar ricamente el interior del templo, haciéndolo atractivo a los catecúmenos. Se encuentran allí, como lo describió en su momento el padre Melgar antes citado, bellos retablos de talla dorada, ejemplo de ornamentación barroca, trabajados al parecer por Tomás Roldán. Pinturas, imágenes de bulto, ricas colgaduras con ciriales e incensarios. Lámparas e incensarios de plata hermosearon el templo; un órgano y otros instrumentos musicales prestaron sus servicios en la propagación del nuevo credo ¹⁴.

Entre los retablos se destaca, por su elaborado trabajo y profusión decorativa, el llamado "altar de los espejos", adosado a uno de los muros laterales y dedicado a la Virgen. Fue tallado antes de 1633 y costó 38 pesos y tres reales, costeados por los caciques Francisco Tópaga y Antonio Pangutá y por el comendador Sancho Ramírez ¹⁵. Se trata de "un ordenado despliegue de espejitos y grabados europeos enmarcados en tallas doradas que forma sobre el muro las alas de un pequeño retablo montado sobre la mesa del altar; ésta tiene un frontal con decoración en rombos con floro-

nes geometrizados en el interior de cada uno" ¹⁶.

De gran seducción para el indígena eran los espejos, y se dice que los apreciaba más que el oro, con el que competían en brillo en el retablo, buscando atraer la atención hacia las imágenes intercaladas de los santos jesuitas san Ignacio, san Javier, san

Estanislao de Kostka, pero en especial la mirada recae sobre la imagen de la Virgen Inmaculada. No faltan columnas doradas que recuerdan los troncos de palmas indias ni los follajes y vegetaciones locales. Todo ello convierte al retablo en uno de los más mestizos ejemplos que se conservan del arte colonial ¹⁷.

El arco toral conserva los elementos ornamentales que describiera el padre Melgar. En su arranque muestra un ángel policromado que porta un cuerno de la abundancia con frutos locales y pide silencio. En contrapunto a los mensajeros divinos se encuentra el dragón, tallado en madera y dorado, símbolo del demonio ¹⁸.

Este templo, uno de los pocos doctrineros que han permanecido hasta nuestros días, se erige, pues, en el símbolo de las estrategias para la conquista de las almas aborígenes y en ejemplo inolvidable de la fusión entre las prácticas religiosas y los gustos y necesidades decorativas de dos culturas.

SANTIAGO LONDOÑO V.

¹ Juan Manuel Pacheco, *Historia eclesiástica*, vol. XIII, t. I de la *Historia extensa de Colombia*, Bogotá, 1971, págs. 463, 473, 478 y 481. La cita de Venero de Leyva se encuentra en *ibíd.*, pág. 479.

² *Ibíd.*, pág. 81.

³ *Ibíd.*, págs. 478, 480, 449.

⁴ Carlos Arbeláez y Santiago Sebastián, *Las artes en Colombia*, vol. XX, t. IV de la *Historia extensa de Colombia*, Bogotá, pág. 236.

⁵ Arbeláez y Sebastián, *op. cit.*, págs. 236 y 237; Carlos Arbeláez, "Templos doctrineros y capillas posas en la Nueva Granada", en *Proa*, núm. 167, Bogotá, 1964. Véase también Cornelis Ch. Goslinga, *Templos doctrineros neogranadinos*, Cali, s.f.

⁶ Pacheco, *op. cit.*, págs. 495-500, 614, 616 y 646; Juan Manuel Pacheco, *Los jesuitas en Colombia*, t. I, Bogotá, 1959, pág. 328.

⁷ Citado por Eduardo Mendoza Varela, "Vestigios del esplendor colonial. La iglesia de Tópaga, Colombia", en *Repertorio Boyacense*, Tunja, año LI, núm. 240-241, pág. 2236.

⁸ Citado por Pacheco, *Los jesuitas en Colombia...*, pág. 329.

⁹ *Ibíd.*, págs. 329-330.

¹⁰ Pacheco, *Historia eclesiástica*, t. II, pág. 555.

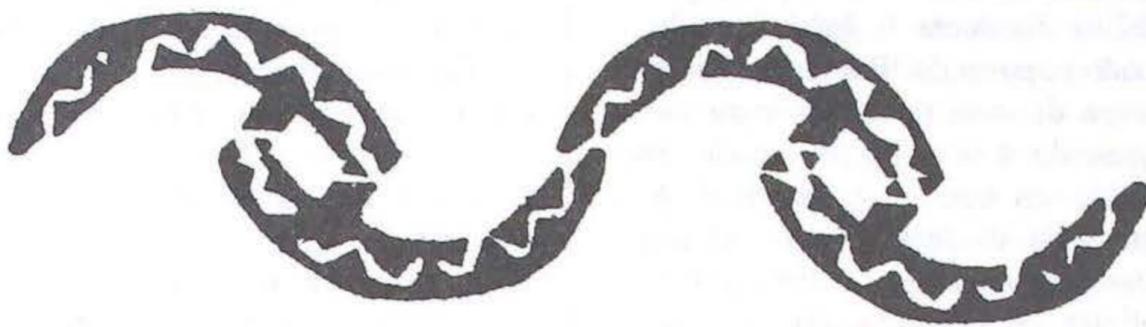
- ¹¹ Basilio Vicente de Oviedo, *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada* (1763), Bogotá, 1930, pág. 138.
- ¹² Giandomenico Coletti, *Dizionario storico-geografico dell'America meridionale* (Venecia, 1771). Traducido y publicado por el Banco de la República, Bogotá, 1975, pág. 375.
- ¹³ Arbeláez, *op. cit.*
- ¹⁴ Mendoza Varela, *op. cit.*, págs. 2236 y 2237.
- ¹⁵ *Ibid.*, pág. 2238.
- ¹⁶ Francisco Gil Tovar, "El arte mestizo", en *Historia del arte colombiano*, t. V, Barcelona, Salvat, 1977, págs. 1169-1170.
- ¹⁷ Mendoza Varela, *op. cit.*, pág. 2238.
- ¹⁸ *Ibid.*, Francisco Gil Tovar, "La imaginería de los siglos XVII y XVIII", en *Historia del arte colombiano*, t. IV, Barcelona, Salvat, 1977, pág. 979; Francisco Gil Tovar, "Mannerismo y amaneramiento", en *ibid.*, t. V, pág. 1107.

Fundación para la Promoción de las Investigaciones y la Tecnología

Los originales de las investigaciones financiadas por la Fundación para la Promoción de las Investigaciones y la Tecnología, se encuentran para consulta en la Fundación y copias de los mismos en las siguientes bibliotecas: Luis-Angel Arango (Bogotá), Investigaciones Económicas del Banco de la República (Bogotá), Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (Medellín) y en las bibliotecas de la Universidad de Antioquia, Valle, Industrial de Santander y Nacional de Bogotá.

1977-1985

1. "La clase media urbana cafetera". Oscar Marulanda y Humberto Rojas.
2. "La escolaridad y su relación con la calidad de los factores educacionales y ambientales". José Alzate.
3. "Trabajo Infantil en Colombia: El caso de Bogotá". Cecilia Muñoz y Martha Palacios Vergara. Publicado



bajo el título "El niño trabajador". Bogotá, Valencia Editores, 1980.

4. "Economías Tradicionales de Tierradentro". Elías Sevilla Casas.

5. "El papel del trabajo en la asimilación del migrante a la vida urbana". Edelmira Pérez.

6. "Análisis histórico de las tendencias del gasto público en Colombia". Fernando Rojas. Se amplió y elaboró un texto básico de finanzas públicas, conjuntamente con el doctor Oscar Alviar, titulado "Elementos de finanzas públicas en Colombia". Bogotá, Editorial Temis, 1985.

7. "Lecturas sobre comercio exterior, con referencia especial a Colombia". Luis Jorge Garay y Diego Pizano. Una parte fue publicada bajo el título "El Grupo Andino: Objetivos, estrategias, mecanismos y avances". Bogotá, Editorial Pluma, 1979. También se publicó como artículo: "El comportamiento de los términos del intercambio de Colombia en el período 1916-1974", en: *Ensayos de Historia Económica de Colombia*. Bogotá, Fedesarrollo, 1979, págs. 231 a 242.

8. "La violencia en la zona cafetera". Gonzalo Sánchez. Publicado bajo el título: "Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la violencia en Colombia". Bogotá, Ancora Editores, 1983.

9. "El empleo en las grandes ciudades colombianas". Ulpiano Ayala y Nohora Marulanda. Documento CEDE, No. 065 (3 volúmenes), 1981.

10. "Las reformas tributarias en Colombia 1886-1974". Rodrigo Manrique. Se publicó como artículo: "Reflexiones sobre el proceso de las reformas tributarias en Colombia: la evolución del sistema tributario", en la *Revista de Economía Colombiana*, Bogotá, No. 119, págs. 37 a 51, mayo, 1979.

11. "La tenencia de la tierra en Bogotá y sus alrededores, de 1538 a 1938". Juan Carrasquilla. Tanto los índices como los ficheros se encuentran en la biblioteca del Centro de Investigación de Educación Popular - Cinep.

12. "Grupo Andino y Proteccionismo. Contribución a un Debate". Luis Jorge Garay. Publicado bajo el título: "Grupo Andino y Proteccionismo". Bogotá, Editorial Pluma, 1979.

13. "El sector externo de la economía colombiana: 1830-1910". José Antonio Ocampo. Se publicaron los siguientes artículos: "Las exportaciones colombianas en el siglo XIX", en: *Revista Desarrollo y Sociedad*, Bogotá, No. 4, págs. 163 a 226, julio 1980, y "Las importaciones colombianas en el siglo XIX", en: *Ensayos de Historia Económica de Colombia*. Bogotá, Fedesarrollo, 1979, págs. 99 a 142.

14. "Caracterización de las exportaciones colombianas". Juan José Echevarría. Se publicaron los siguientes artículos: "Las exportaciones en el escenario internacional: Una estrategia exportadora para Colombia"; en: *Coyuntura Económica*, Vol. 10, No. 2, págs. 159 a 186, julio 1980 y "Las exportaciones colombianas y sus determinantes: un análisis empírico", en: *Revista del Banco de la República*, Bogotá, Vol. 53, No. 634, págs. 1118 a 1133, agosto, 1980.

15. "Análisis de los impactos del espacio urbano en los servicios de salud con ayuda de un método de superficies sociales". Wulff Stollbrock.

16. "Fuentes de difusión de la legislación laboral". Vicente Roux.

17. "Conductas que se deben despenalizar en el nuevo Código Penal".